

A quien debemos temer

Carlos López Degregori

I

—Mira.

Parecía el lomo de un animal o quizás una cabeza. Se enredaba con las olas duras y rojizas y un instante después estaba flotando de nuevo como si necesitara respirar.

—Allá en las últimas olas.

Estaba al fin contigo, Delia, en los acantilados. La criatura más hermosa y cruda que jamás he conocido. Había esperado muchos días con el cuerpo y los labios amarillos ardiendo, insistiendo, prometiendo, amenazando. Siempre resistías como una reina inclemente en su territorio pero esa vez me miraste inaplazable. Dejamos atrás el malecón hasta que desaparecieron las últimas casas de madera y caminamos kilómetros bordeando los acantilados, señalando el camino con un rastro de ropas.

—Un pantalón por la playa.

—Una blusa por tus pezones y un zapato por tu cabello.

Rodamos en un estallido de gotas y yo me hundí en tu cabello negro de cristales y alfileres, en la tibieza abajo golpeando en una correntada.

Debió pasar un buen rato y ya casi oscurecía cuando una bocanada de mar nos sacudió.

—La marea va a subir. Mejor regresamos.

Fue entonces que la vimos muy cerca de la pared con la cortina del mar detrás. Era enorme y brillaba luchando con las olas. Las rocas retumbaron con un ruido de metales cuando se estrelló en una hendidura al lado de nosotros.

Era en efecto una cabeza. Seguramente había permanecido en el mar mucho tiempo pues estaba marcada por infinitos golpes y escoriaciones. Abría y cerraba los ojos y la boca dejando salir en un hilo de agua un sonido lastimero, como si nos llamara.

—Vámonos.

—No.

—Vámonos, te digo.

Tú acercabas ya la mano.

—No la toques. Cuidado.

Una muralla hirviente me cubrió mientras escuchaba tus gritos líquidos alejándose.

II

Durante muchos días te buscaron. Lanchas y cuadrillas recorrieron inútilmente playas perdidas, caletas, roquedales. Al final desistieron y sólo apareció una nota pequeña en algunos periódicos.

Han pasado demasiados veranos, Delia, pero sigo siendo justo contigo. He conversado con todos los que alguna vez te conocieron mostrándoles tu retrato que siempre está conmigo. Te he hecho vivir, sin faltar un solo día, otorgándote belleza. Hasta llegué a pintar flores y una mata inmóvil de laurel para acompañar tu casa que aún debe permanecer cerrada con tablones. Y sobre todo sigo encontrándote en cada cuerpo desnudo, en cada bocado, en cada respiración

a veces te diviso caminando por la playa

pisando los peces muertos y las algas

para así confundir

la dirección de las olas

o con la boca blanca y gruesa

apoyada en cualquier malecón

riendo a los barcos

a las grúas oxidadas

para que continúe fijo y feroz el verano

o sencillamente el mar.

Es un acto inútil, lo reconozco, disfrazado de obstinación. Es el

amor, si así lo prefieres, que después de tanto tiempo se ha transformado en deber.

III

No tengo un final para esta historia.

Tal vez la cabeza no existió y yo no soy el que aquí me muestro ni tú eres Delia. Nadie sabrá lo que pasó realmente esa tarde. Eran casi las seis y si no nos apurábamos la marea cerraría el camino a los acantilados. Cuando llegamos aún estábamos a tiempo. El mar rojizo bramaba al estrellarse vertical contra las rocas y dejaba un camino brillante. Nos arriesgamos. Tal vez resbalaste o te empujé. Tal vez, no puedo asegurarlo, sin ninguna razón me golpeaste o te golpeé una vez dos veces tres veces: chillabas retrocediendo, estrellándote ciega en las paredes.

Sean comprensivos y para probar que aquí no hay maldad quiero mostrarles su retrato:



Si cualquiera de ustedes cree alguna tarde en el mar descubrir una cabeza, imagine que es de Delia.